

patero de profesión. En un bolsillo se le encontró otra pistola y un puñal. Interrogado sobre el móvil de su crimen, contestó: «He obrado así porque el emperador ha hecho la campaña de Roma, arruinando á mi país.» Pianori era uno de esos sectarios que no perdonaban á Napoleón III la expedición de 1849, aunque tal vez fué más bien obra de su ministerio y de la Asamblea nacional que no suya. El asesino pretendió no haber tenido ningún instigador. Sin embargo, se consiguió averiguar que llegaba de Inglaterra, y se descubrió en Londres al armero que le había vendido las pistolas.

En Londres se hallaba el foco de todas las conspiraciones de que el emperador fué objeto. La capital de Inglaterra era entonces el cuartel general de los refugiados italianos, que tenían por jefe á Mazzini y por programa el asesinato del soberano francés. La idea de eliminar al emperador para hacer lo mismo con el Papado persistió sin cesar en el cerebro de aquellos fanáticos, que consideraban la dinastía napoleónica como guardiana natural de la soberanía pontificia. M. A. Granier de Cassagnac ha dicho con este motivo: «Los hechos probaron bien que esta teoría de la solidaridad del Papa y del Emperador no era absolutamente vana, pues la caída del uno entregó al otro á los proyectos de sus enemigos.»

Habiéndose detenido al culpable en flagrante delito, y no teniendo nada que negar, el proceso pudo elevarse á plenario el 7 de mayo, es decir ocho días después del crimen. Pianori compareció ante el tribunal de los Assises, fué condenado á muerte y ejecutado. Su crimen debía ser la señal de otras tentativas, de las cuales algunas, evitadas á tiempo, no tuvieron ni siquiera principio de ejecución, mientras que otras pusieron al emperador en inminente peligro de muerte. Todas debían ser organizadas en Inglaterra, teniendo por inspirador á Mazzini, quien creía que para tener probabilidades de éxito los conspiradores debían ser en número muy reducido. Por eso no enviaba generalmente á Francia más que uno, dos ó cuatro asesinos cuando más. La policía francesa, siempre alerta, espiaba con gran celo, y el emperador, sin que él mismo lo sospechase, era vigilado día y noche por agentes fieles encargados de seguirle paso á paso para evitar los golpes que le amenazaban.

Fatalista é inaccesible al temor, Napoleón III, con la calma imperturbable que no le abandonaba nunca, ni siquiera pensaba en los atentados y arrostrábalos con la indiferencia de un soldado intrépido en el campo de batalla; pero la emperatriz experimentaba por la vida de su esposo inquietudes que entristecieron sus más hermosos días.

Los consejeros del emperador se aprovecharon de la emoción producida por el atentado de Pianori para suplicar una vez más al soberano que no fuese á Crimea, y el proyecto de marcha se aplazó indefinidamente.

XXXVI

M. DROUYN DE LHUYS

Mientras que Napoleón III hacía su viaje triunfal por Inglaterra, y de regreso á París se libraba de una manera providencial del atentado del sectario italiano, precursor de otros asesinatos, su ministro de Negocios extranjeros, M. Drouyn de Lhuys, se hallaba en Viena, donde en una conferencia en que tomaron parte los representantes de Austria, Inglaterra, Francia, Rusia y Turquía, hizo loables esfuerzos para el restablecimiento de la paz.

Nacido en 1805, ese hombre de Estado contaba entonces cincuenta años y tenía gran reputación como diplomático. Agregado á la embajada de Francia en Madrid en 1830, había pasado por todos los grados antes de ocupar el primer puesto, habiéndose distinguido á la vez en la carrera parlamentaria y en la diplomática. Nombrado director de asuntos comerciales en el ministerio de Negocios extranjeros en 1840, había sido elegido diputado por Melun en 1842. Tres años después, como votase contra el ministerio, fué destituido por M. Guizot; no siendo ya más que diputado, tomó una parte activa en las campañas de la oposición, y pocos días antes de la revolución del 24 de febrero firmó la demanda de acusación contra M. Guizot y los individuos del ministerio. Luis Napoleón, elegido presidente de la República, le confió la dirección de la diplomacia francesa.

M. Drouyn de Lhuys ha sido cuatro veces ministro de Negocios extranjeros: 1.º desde el 19 de diciembre de 1848 al 2 de junio de 1849; 2.º desde el 9 al 24 de enero de 1851; 3.º desde el 28 de julio de 1852 al 8 de mayo de 1855; y 4.º desde el 15 de octubre de 1862 al 1.º de septiembre de 1866. Uno de sus más distinguidos subordinados, el conde Bernard d'Harcourt, antiguo embajador, ha escrito: «Durante treinta años su casa ha sido el punto de reunión de todas las personas que han tratado directa ó indirectamente las cuestiones exteriores. Con la misma deferencia le rodeaban y consultaban hombres pertenecientes á los más diversos matices políticos; la cartera de Negocios extranjeros, que estuvo cuatro veces en sus manos, no se le retiraba al parecer nunca sino momentáneamente, y cuando los agentes de dicho ministerio no tenían que recibir sus órdenes, iban á pedirle parecer ó á preguntarle cuáles eran sus impresiones.»

He tenido el honor de servir á las órdenes de M. Drouyn de Lhuys, como

redactor en la dirección política, durante todo su cuarto y último ministerio, y le veía entonces continuamente. Me animó en mis modestos trabajos y en mis principios diplomáticos con extremada benevolencia, y me felicito de tener ocasión de rendir tributo á su memoria.

M. Drouyn de Lhuys era hombre de bien y de talento; tenía ideas elevadas y liberales; su vida privada era intachable, su carácter muy digno, y su genio franco é independiente. Muy instruído y literato, escribía de una manera notable; expresábase con tanta claridad como elegancia; daba sus instrucciones con rara lucidez, y conservaba una calma absoluta en medio de las situaciones más difíciles. Imponía respeto á cualquiera que se le acercase, y era el verdadero tipo del ministro, tan considerado por el extranjero como por Francia.

Tal era el hombre que fué á llevar á Viena palabras de pacificación. El barón de Bourqueney, ministro de Francia en Austria, escribía á M. Thouvenel, encargado del interior del ministerio de Negocios extranjeros: «Viena, 7 abril 1855. M. Drouyn de Lhuys llegó anoche, y ha ido esta mañana á casa del conde Buol, quien le ha anunciado que el emperador le recibiría mañana en audiencia particular. — Sabemos, ha dicho M. de Buol al ministro de Negocios extranjeros de Francia, que nos traéis directo é íntimo el pensamiento del emperador Napoleón, y no podríamos felicitarnos lo bastante de que vos seáis quien nos le comuniqué.»

Después de haberle recibido el emperador Francisco José, M. Drouyn de Lhuys escribía á Napoleón III: «El joven monarca es alto, esbelto y bien formado; la sonrisa presta una expresión benévola á su fisonomía, que por lo regular es grave y hasta un poco severa. Se ve que los cuidados prematuros del Imperio han paralizado en el semblante el desarrollo de las gracias de la adolescencia, é involuntariamente se recuerda, al mirar al emperador, la conmovedora exclamación que el príncipe dejó escapar al recibir la corona: «¡Adiós, juventud!» Si se estudia con atención el conjunto de sus facciones, se adivina bajo una ligera expresión de timidez una energía que puede llegar hasta la tenacidad. El emperador me recibió con afectuosa benevolencia.»

Partidario convencido de la alianza austriaca, M. Drouyn de Lhuys dijo al emperador Francisco José: «El gran problema es dominar la revolución sin el auxilio de Rusia y contener á esta última sin ayuda de aquélla. Durante treinta años este problema ha sido insoluble, y por eso han triunfado simultáneamente en ese tiempo la revolución y Rusia. Hoy, con la alianza de Francia y de Austria, el problema queda resuelto. Lo que me ha conducido á Viena no es tanto el deseo de hacer la paz con Rusia como el de consolidar y fecundar dicha alianza.»

Desde el 15 de marzo hallábanse en Viena, para celebrar conferencias, los representantes de Austria, de Inglaterra, de Francia, de Rusia y de Turquía, y discutíase lo que se llamaba los cuatro puntos, ó las cuatro garantías. Estos pun-

tos, con los que estaban de acuerdo Austria y los gabinetes de París y Londres, firmando el tratado del 2 de diciembre de 1854, eran los siguientes:

- 1.º Importaba que el protectorado ruso sobre las provincias danubianas fuese sustituido por uno colectivo de las potencias.
- 2.º La navegación del Danubio debía eximirse de toda traba.
- 3.º Se debía asegurar la independencia del imperio otomano.
- 4.º Rusia debía renunciar á todo patronato exclusivo sobre los súbditos cristianos de la Puerta.

Rusia, temerosa de que Austria le declarase la guerra, había aceptado en principio los cuatro puntos; pero cuando se trató de su aplicación, comenzaron las discusiones. El príncipe Gortchakoff, embajador ruso en Viena, era un diplomático consumado, y se valió de su extremada habilidad para retardar por lo pronto la reunión de la conferencia y paralizar después sus trabajos. Se convenía en los dos primeros puntos; mas el tercero suscitaba inextricables dificultades. Austria, Francia, Inglaterra y Turquía sostenían que la independencia del Imperio otomano exigía la supresión ó disminución de fuerzas navales rusas en el mar Negro, y Rusia, por el contrario, rechazaba toda limitación de las mismas: de modo que se giraba en un círculo vicioso.

Así estaban las cosas cuando M. Drouyn de Lhuys llegó á Viena, donde encontró á uno de los principales hombres de Estado de Inglaterra, lord John Russell, ministro de las Colonias, que se hallaba allí para tomar parte en la conferencia, agregándosele después Alí-Bajá, ministro de Negocios extranjeros de Turquía. La conferencia, á la que comunicaba el carácter de congreso la presencia de esos importantes personajes, se reunió el 7 de abril de 1855.

Después de varias sesiones y de largos debates, M. Drouyn de Lhuys y lord John Russell elaboraron, bajo reserva de la aprobación de sus gobiernos, un proyecto de transacción, que Austria sancionaba y que comprendía los artículos siguientes:

- 1.º Garantía europea de la independencia y de la integridad territorial del Imperio otomano.
- 2.º Clausura de los estrechos, absoluta para los rusos, salvo excepciones para los aliados.
- 3.º Los aliados podrán tener cada cual en el mar Negro dos fragatas.
- 4.º Si Rusia aumenta el efectivo actual de sus fuerzas navales en el Euxino, cada aliado podrá hacer entrar un número de barcos igual á la mitad del de los rusos.
- 5.º En caso de peligro, entrada de la totalidad de las fuerzas navales aliadas.
- 6.º Francia, Inglaterra y Austria firmarán inmediatamente un tratado en que se considerará como caso de guerra el aumento de la flota rusa en más del efectivo de 1853.

El barón de Bourqueney escribía á M. Thouvenel en 23 de abril: «Los con-

ca exterior del Imperio. M. Drouyn de Lhuys pensaba que la alianza austriaca debía ser para Napoleón III una palanca y un freno. Cuando el ministro, cuyas miras secundaba dicha alianza, abandonó el poder, otras ideas prevalecieron y presentáronse por primera vez las doctrinas que tanto influyeron más tarde en la corte de las Tullerías.

Cuando el conde Walewski tomó posesión de la cartera de Negocios extranjeros, en 8 de mayo de 1855, la consigna fué decir que nada se había cambiado en las grandes líneas de la política imperial; y como el público no estaba muy enterado de la diplomacia, fijó poco su atención en un incidente cuyo alcance no se hallaba en estado de apreciar.

Los parisienses hablan de muchas cosas; pero rara vez de dos á un tiempo. En aquel instante no pensaban más que en la gran solemnidad que iban á presenciar, en la apertura de la Exposición universal. Esta distracción debía hacerles olvidar durante algunos días todas las preocupaciones de la política interior ó exterior.

XXXVII

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

En el momento mismo en que acababan de desvanecerse las últimas esperanzas de paz y en que se preparaban en Crimea nuevas hecatombes, París, por un extraño contraste, asistía á una solemnidad que era como el símbolo y la glorificación de la paz. La apertura de la Exposición universal se efectuaba en los Campos Elíseos, en el palacio de la Industria, el martes 15 de mayo de 1855. La fachada exterior se había adornado de trofeos, escudos con las armas imperiales y banderas de todas las naciones. El emperador y la emperatriz, seguidos de numeroso séquito, en el cual figuraba todo el cuerpo diplomático, hicieron su entrada; mientras que una orquesta de ciento cincuenta músicos ejecutaba la composición de la *Reina Hortensia*. En medio de la nave, frente á la puerta de entrada principal, elevábase un estrado, y sobre éste, bajo un dosel de terciopelo carmesí, sobrepuesto de la corona imperial, veíase un trono en el que Napoleón III tomó asiento, teniendo á su lado á la emperatriz.

El príncipe Napoleón, que había dejado el mando de una división en Crimea para desempeñar las funciones de presidente de la comisión encargada de organizar la Exposición, pronunció un discurso que comenzaba así: «Señor: una Exposición universal, que en todo tiempo hubiera sido un hecho notable, llega á ser casi único en la historia por las circunstancias en medio de las cuales se produce. Francia, empeñada hace un año en una guerra formal, á ochocientas leguas de sus fronteras, lucha con gloria contra sus enemigos. Estaba reservado al reinado de V. M. presentar á Francia digna de sus pasadas épocas en la guerra, y más grande que jamás lo fué en las artes de la paz. El pueblo francés hace ver al mundo que cuando se comprende su genio y se sabe dirigirle bien, siempre será una gran nación.» El príncipe Napoleón anunció que los expositores figuraban en número de veinte mil, de los cuales nueve mil quinientos eran franceses y diez mil quinientos extranjeros. La misma Rusia había sido invitada; mas no contestó á un llamamiento que las circunstancias hacían extraño. El príncipe dijo con este motivo: «Ni siquiera se ha excluído á la potencia contra la cual combatimos. Si los industriales rusos se hubieran presentado, sometiéndose á las reglas establecidas para todas las naciones, los habríamos admitido, á fin de fijar bien la demarcación entre los pueblos esclavos, que